



Rockefeller a su llegada al aeropuerto de Sao Paulo, como enviado especial del Presidente Nixon, y en su calidad de gobernador de Nueva York, escoltado por un soldado de las fuerzas aéreas brasileñas.

se presentará a las elecciones de 1976. No hay mucha seguridad de que cumpla esa promesa. Puede ser un hombre clave para su partido y no sabría negárselo. Aparte de que quizá en estos dos años de Presidente que le faltan a las elecciones, puede tomarle un gusto atroz al cargo. Ya su pequeña preocupación por ser el primer Presidente que no ha sido elegido puede llevarle a querer que el voto popular refrende las raras coincidencias que han hecho de él un Presidente de los Estados Unidos. En ese caso, Rockefeller sería su compañero de candidatura en 1976, y, sin duda, en 1980; tendría que esperar hasta 1984 para tener una oportunidad de alcanzar la Presidencia por votación. En ese momento tendría setenta y dos años: la Constitución no establece límite máximo de edad, pero resultaría avanzada para obtener la confianza pública.

Pero puede ocurrir que Gerald Ford cumpla sus promesas y se retire al terminar estos dos años; en ese caso, con el que sin duda cuenta Rockefeller, el partido republicano no le negaría la investidura. Y Nelson Rockefeller podría hacer una campaña espectacular y costosa con su propia fortuna, sin tener que buscar fondos electorales ni recurrir a las argucias de pobre que buscó Nixon y que le han llevado a

la ruina. Los electores le perdonarían su calidad de divorciado: esta forma de acceder al poder vicepresidente ha demostrado que un divorciado no es incompatible con el poder. Naturalmente, la incógnita está en el partido adversario, en el demócrata y su candidato. Si a Kennedy se le perdona el misterioso accidente de Chappaquiddick, Rockefeller no podrá defender ante él al desprestigiado (por Nixon) partido republicano.

La tercera posibilidad: que Gerald Ford venga a morir en el curso de su mandato, caso en el cual Rockefeller ascendería automáticamente a la Presidencia y tendría luego unas elecciones fáciles. Lo que no es fácil es que ese bloque de granito que es Ford venga a morir antes que Rockefeller. Como no sea por muerte violenta. Cosa que no hay que descartar en EE. UU.

De momento, por primera vez en la historia, los Estados Unidos tienen un vicepresidente más brillante, más popular y más político que el propio Presidente. Un hombre con fama de liberal moderado, con una educación exquisita y con perfiles intelectuales (su pasión es el arte). La influencia de la Vicepresidencia es, como se sabe, muy escasa en la gobernación del país. Pero puede ocurrir que, ahora, marque una diferencia y logre un estilo.

EL VICEPRESIDENTE ROCKEFELLER

ROCKEFELLER es algo más que un nombre: es el nombre de la riqueza, como en la antigüedad fue el de Creso. Pero parece que nunca se es suficientemente rico: la vida está tan bien (tan mal) tejida que siempre hay motivos para la desazón o para notar la falta de algo. Nelson Rockefeller decía: «Cuando se tiene todo lo que tengo yo, sólo falta una cosa: ser Presidente de los Estados Unidos». Le ha hecho, ahora, Ford, vicepresidente. No es bastante. También ha dicho en algunas ocasiones: «No aceptaré nunca ser el segundo de nadie». Quizá ha aceptado esta Vicepresidencia como un atajo para llegar a la Presidencia, a la que opta desde hace muchos años. Algo le ha apartado siempre de la candidatura oficial, y dicen que es su condición de divorciado. Nunca ha habido un Presidente de los Estados Unidos que haya estado divorciado: el puritanismo de la época fundacional actúa muy seriamente en ese sentido, aunque otros pecados se perdonen más fácilmente. Y Nelson Rockefeller dejó una mujer con la que llevaba casado más de treinta años y tenía cinco hijos para casarse con una muchacha joven. Algo habría de seriamente atractivo en la llamada «Happy» Rockefeller, su nueva esposa, para que se jugase así toda una vida conyugal y la única verdadera lucha de su vida, en la que todo estaba hecho de antemano por sus antepasados, la Presidencia de los EE. UU. Desde 1960, Rockefeller está intentando que el partido republicano le nombre candidato y no lo ha conseguido.

Decían las crónicas que 1976 debía ser su año definitivo. En diciembre del año pasado, Rockefeller dejó algo parecido a un imperio, que es el cargo de gobernador de Nueva York, para quedarse con las manos libres en busca de la Presidencia. Un cargo que parecía ligado a su persona: cada vez que llegaba a su término legal, era reeligido. Tiene Rockefeller para ello una virtud considerable: siendo Nueva York

un estado multirracial, un muestrario de todas las razas, las religiones y los idiomas, este americano genuino parece haber favorecido a todas al mismo tiempo. Los pobres han votado siempre a este rico que, por serlo, ofrece una garantía de honestidad en la administración de los fondos públicos. Por otra parte, la riqueza no tiene todavía en el sistema capitalista de los Estados Unidos el desprestigio y la desconfianza que en Europa.

Rockefeller es nieto del primer millonario de los Estados Unidos. En el siglo pasado, los grandes hombres de los Estados Unidos no pensaban que lo más importante era la Casa Blanca; había una terrible competencia por ver quién amasaba antes un millón de dólares, cifra que parecía inconcebible. Y fue el primero John D. Rockefeller. Sin embargo, educó a sus descendientes en el estilo puritano y miserable de su tiempo: en una relativa pobreza. En la crónica de Nelson Rockefeller figura la historia de que cuando iba a la Universidad (ciencias políticas), no recibía de su familia más que 25 centavos por semana (de los años veinte); pero se dice que el genio familiar del dinero no le faltaba, y que se dedicó a la cría de conejos, con la que alcanzaba los beneficios suficientes como para pagarse sus alegres gastos de estudiante. Licenciado, Nelson Rockefeller entró por abajo, siempre según las normas estrictas de la tradición, en los negocios familiares: auxiliar de caja en la Banca Chase, luego cajero. Y se le instaba a que viviese estrictamente de su sueldo.

Hoy, Nelson Rockefeller maneja libremente los millones. Ha dado veinte para fundar un Museo (artes primitivas, recuerdo de su hijo muerto en África cuando se dedicaba a trabajos de etnografía) y las donaciones al Museo de Arte Moderno son muy importantes.

Pero no lo tendrá todo hasta que alcance la Presidencia de los Estados Unidos... ¿Es este el camino? Gerald Ford ha anunciado que no



Nunca ha habido en los Estados Unidos un Presidente que haya estado divorciado. Quizá Rockefeller haya aceptado esta Vicepresidencia como un atajo para llegar a la Presidencia, a la que aspira desde 1960 como candidato del partido republicano. En la foto, con su segunda esposa, por la que se jugó esa ambición que aún defiende.